
¿Por qué vale más enseñar derivadas que facilitar seguridades para descubrir?



→ La sociedad normalmente valora más los aprendizajes académicos complejos que el cuidado y el acompañamiento emocional en la infancia. En los primeros años se construyen la curiosidad, la confianza, la convivencia y las bases del bienestar mental. Muchos problemas adolescentes tienen origen en carencias tempranas y es importante reivindicar el papel esencial de las educadoras infantiles en el desarrollo humano y educativo.

AUTORÍA

Jaume Funes Artiaga

Psicólogo, educador y periodista

adolescencias@jaumefunes.com

PALABRAS CLAVE

salud mental

aprendizaje

confianza

curiosidad

educadoras

En el mes de mayo, al día siguiente de la huelga estatal de educadoras de 0-3, tuve que acudir al Parlament de Catalunya a hablar sobre salud mental. Era una comisión de estudio que debate sobre la situación de la salud mental en este momento social y cómo deberían cambiar los sistemas de atención.

Comencé mi intervención recordando a las parlamentarias (¡todas eran mujeres!) que es mucho más fácil regular los ansiolíticos que modificar las condiciones de vida que producen la ansiedad. Pero como la conclusión a la que se suele llegar con esa afirmación es que no se puede hacer nada, les dije: «Acabamos de hablar sobre las vidas infantiles en precario (de la pobreza a los desahucios), así que, aunque no resuelvan el problema de la vivienda, si quieren, pueden hacer algo sencillo: prohíban por ley que una maestra de 0-3 cobre menos que un profesor de bachillerato».

Les recordé que la situación actual describe una sociedad y una

política en las que se considera más importante enseñar derivadas que ayudar a descubrir con seguridad el mundo, tener una infancia en compañía de otras infancias, disponer de personas adultas que acogen de manera singular, recibir los afectos que permiten el desarrollo, liberarse de las imposiciones familiares. No sé con qué éxito, pero les hice ver que se trataba del salario de las profesionales que construyen la base de nuestra humanización.

Dignificar la educación infantil implica reconocer social y económicamente a quienes acompañan y sostienen los primeros años de vida

La lectora o lector de este espacio de reflexión 12-18 se preguntará qué tiene que ver todo esto con su tarea. No es difícil justificarlo, aunque las personas adultas, sean progenitoras o profesionales de la docencia, tienden siempre a olvidar el infante que fueron y concederle con desdén una importancia olvidada.

Dado que andamos entre quejas sobre los trastornos mentales que parecen estar inundando las aulas, no estaría de más tener presente que casi todo lo que no se construyó o se destruyó en las primeras etapas infantiles suele explotar en la adolescencia. Habiéndome pasado la vida tratando de rellenar en las diferentes adolescencias los vacíos de sus infancias, he de reivindicar que los profesionales de la secundaria tengan alguna preocupación por la educación infantil. Rabias, desconciertos, desencantos necesitan que los adultos que rodean su adolescencia puedan servir para compensar, tolerar, esperar, facilitar serenidades y calmas.

Pero como seguro que mis colegas de bachillerato ya se han rebotado y no los creo dispuestos a comparar su tarea con la de las «guardesas», hablemos un momento también de los aprendizajes. Se supone que, cuando acaba la secundaria, el alumnado domina el pensamiento científico, su sentido y sus procedimientos. Resulta que todo nació en sus

tiempos de escuela infantil. Es el producto generado a partir de la curiosidad y la imaginación infantil. Es el producto de una acogida profesional que estimula a descubrir y sorprenderse. Y si la escuela posterior no lo estropea, saldrán al mundo desde su adolescencia sin renunciar nunca al deseo de saber por qué pasan las cosas.

Cuando los nuevos oráculos, los nuevos «profesores», son unas u otras formas de inteligencia artificial, no estaría de más recordar cómo se construye el sistema de confianza en las personas adultas. Los primeros abrazos de su maestra de infantil marcan la impronta, el troquelado, de por qué y cómo dejarán entrar en su vida a sus maestros. Ahí nace la aceptación feliz de lo que dice la «señora». Ahí nace la ascendencia del profesor de secundaria que seduce para aprender.

Vendrán tiempos de notas y discutiremos sobre el sentido de la evaluación. Pero el descubrimiento de su utilidad, la vivencia de descubrir que se aprende, de

querer mejorar, de desear mejores notas, nació poco apoco en la aprobación temprana de la primera maestra que ayudaba a ver el resultado de los pequeños descubrimientos, de los primeros tanteos.

Asimismo podríamos pensar en cómo y cuándo se aprende a saber de la existencia de los otros. Hasta que los adultos lo estropeen con sus sesgos y segregaciones, es en la primera educación infantil donde se descubre la diversidad de infancias, se crece en compañía, se aprende a vivir juntos. Luego viene la aparente imposibilidad de gestionar la convivencia.

No se enfaden. Estoy convencido que todo nuevo profesor de secundaria debería hacer tres meses de práctica en educación infantil.

Es clave que los docentes de secundaria estén en contacto con la educación infantil para comprender mejor a su alumnado

Markus Spiske en Pexels

